

Pequeña antología de Manuel Quiroga Clérigo

Día mundial del gorrión

Están en el alero/esperando el alpiste,
despreocupados, libres,/bajo un cielo nublado.
En esos días tristes/carentes de miradas
donde todo amenaza/a la vida indefensa
las minúsculas aves/vuelan por los jardines,
se refugian en prunos,/se asoman a las rosas,
siguen inaugurando/su futuro de espejo
como si recordaran/que mañana amanece.
Por eso se alimentan/con jolgorio de alas
igual que si volvieran/de los alegres bosques.
Cuando acaba el alpiste/regresan a los álamos,
se acurrucan en grupo/en las ramas desiertas,
lanzan algún gorjeo/desde púlpitos quietos
sintiéndose seguros/y bien alimentados.
En marzo los gorriones/nos traen la primavera,
alegran las ventanas/con su figura leve
y mitigan un poco/la tristeza del mundo.

La mirada del sábado

¡Qué pulcritud, belleza,/qué limpieza de cutis!
Y luego esa mirada/con jirones de cielo,
alegre como un verso,/inmediata, reciente.
Es sábado y la vida/tiene sabor a néctar:
en el alero aves,/autobuses con globos,
los niños sin colegio/en total algazara.
Ella aparece entonces/, ¡oh, que sweter cubriendo
sus pechos de mordisco,/sus brazos de sirena!
Y, gratuitamente,/nos observa en silencio,
justo desde las cejas/a los labios de cera,
(o de seda, elijamos,/esto es la democracia).
Infinitud ardiente/de su cuerpo de diosa
eligiendo la fruta/de esa manera enorme
con sus manos sin sombra,/ansiosa, delicada,
afrodisíaca casi,/penetrando en la mente
de quien elige el vino/pensando en su desnudo,
los pezones rabiosos,/de manzana los labios,
sujetador oscuro/protegiendo las mieles.
Llegamos a la caja:/las galletas, la carne,
la verdura de hoy mismo,/el foie gras en lata.
Otra mirada dulce/en trance de abandono,
incluso con tristeza,/casi furtivamente.
¡Señores qué momento,/cómo falta el abrazo!
Y así va transcurriendo/el sábado furtivo,

el deseo latente,/ la diosa hacia el silencio.
¡Adiós, musa imprevista,/manjar de jersey verde!

Cerro del Aire

Sí, parece un milagro/estar vivos ahora
escuchando a los mirlos/en el Cerro del Aire,
pensar en las amadas/de los tiempos antiguos,
recordar aventuras/del siglo adolescente
y extender nuestra vista/por toda la planicie,
la pinos añosos./eucaliptos enormes,
esperar que se posen/mariposas de leche.
Hay borraja morada,/margaritas pequeñas,
plácida enredadera,/campanillas brillantes,
libélulas sin norte,/esos loros gritones,
niños con voz de hada/pisoteando la hierba,
deportistas corriendo/por las empalizadas.

Vemos como aterrizan/los jilgueros sin sombra,
las muchachas recientes/con mascarillas breves
o fogosas mujeres/surcando los arbustos,
el polen subalterno/y palomas doradas.
No conozco los nombres/de las flores distantes
ni de pájaros grises/llegados de algún bosque.
Las torcaces de nube/picotean el césped,

lavanderas azules/contornean los setos,
polillas invisibles/descienden de los árboles.

No veo saltamontes/saltando en la hojarasca
o desfiles de avispas/asustando a la gente
aunque hay hormigueros/de recorrido largo,
piñas en los senderos,/tortolas en pareja,
colibríes, palmeras,/chopos junto a los prunos,
espigas disecadas,/petirrojos del este,
dos chicas en bikini/jugando a voley playa
(¡oh, qué bellos paisajes!,/¡qué divinas presencias!).
Caléndulas moradas/y abejas del espliego
son la clara nostalgia/del “soberbio espectáculo
de los vivos” viviendo/en el Cerro del Aire.